

- Entonces quieres ser estoico teniendo delante una taza llena.
- El que te sirve, la llena fácilmente.
- ¡No te engañas, mi notable filósofo!

Popea, en tanto, tampoco olvidaba á sus enemigos. El afecto que le había inspirado Vinicio no fué más que un capricho pasajero, al cual el orgullo ofendido y los celos habían dado apariencias de pasión. Los desdenes del joven no habían podido menos de herirla profundamente. Se sentía humillada ante él. El solo hecho de posponerla á otra, le parecía un delito que clamaba inexorable venganza. Desde el primer momento sintió por Licia un odio invencible, temiendo que aquella suave belleza nórdica llegase á resultarle peligrosa. Petronio podía reprimir todo deseo de Nerón, burlándose de la extremada delgadez de caderas de la muchacha; pero Popea con una sola mirada comprendió que Licia era la única en toda Roma que podía competir con ella en belleza, si no superarla. Y decidió inmediatamente la perdición de Licia.

- ¡Señor, exclamó, venga á nuestra hijita!
- ¡Daos prisa, añadió Quilón, daos prisa! De lo contrario Vinicio la ocultará en sitio seguro. Yo os indicaré su morada.
- Te daré diez hombres. ¡Ve pronto!, dijo Tigelino.
- ¡Oh, señor, tú no has visto, como he visto yo, á Crotón en brazos de Ursus. Si quieres darme, á lo menos, cincuenta, les enseñaré la casa desde lejos. Pero si no prendéis también á Vinicio, soy hombre muerto.

Tigelino miró á Nerón.

- ¿No sería oportuno acabar de una vez con tío y sobrino?

Nerón se mostró indeciso un momento. Luego contestó:

- ¡No, ahora no! Nadie nos creería, si quisiéramos acusar á Petronio, á Vinicio ó á Pomponia de incendiarios. Sus casas eran demasiado preciosas. Más tarde les llegará el turno. Ahora tenemos otras víctimas.

- Entonces dame soldados para mi custodia, señor, dijo Quilón.

- Que te provea de ellos Tigelino, ordenó César.

- Mientras tanto habitarás en mi casa, dijo el prefecto á Quilón.

El griego estaba radiante de alegría.

- ¡Todos, todos caerán en vuestro poder; pero daos prisa!, gritó con voz ronca de emoción.

## L

Quando Petronio hubo dejado al emperador, se encaminó hacia su casa de las Carinas, la cual, circundada de un jardín, ante el cual se elevaba el pequeño Foro Ceriliano, afortunadamente había escapado á la voracidad de las llamas. Por este motivo le envidiaban los demás cortesanos que habían tenido que sufrir la pérdida de sus casas, de sus riquezas y de muchas obras maestras del arte. Hacía muchos años que se le consideraba como hijo primogénito de la Fortuna, y la amistad siempre creciente de que le daba pruebas su emperador parecía confirmar la verdad de tal aserto.

Pero había llegado el momento en que el primogénito de la Fortuna debía empezar á dudar de la constancia de su madre, ó compararla á Saturno, que devora á sus propios hijos.

«Si mi casa se hubiese incendiado, decía entre sí, y con ella todos mis objetos preciosos, mis vasos etruscos, mis cristales alejandrinos y mis bronceos corintios, quizás Nerón hubiera olvidado la ofensa. ¡Por Pólux! ¡Y pensar que todo dependía de mí, si hubiese querido ser prefecto de los pretorianos! Bastaba acusar á Tigelino como incendiario (y él no hubiese podido probar mi error), revestirlo con la *túnica fúnebre*, abandonarlo á la venganza del populacho, proteger á los cristianos y reconstruir Roma. ¿Quién sabe si no hubiera empezado con esto una era mejor para la gente honrada? ¡Debí asumir aquel cargo, aunque no hubiese sido más que por amor á Vinicio! En el caso de que hubiese resultado excesivo trabajo para mis fuerzas, hubiera podido confiarme en él como eficaz auxiliar y Nerón no hubiera puesto reparo alguno. Vinicio hubiera podido bautizar á todos los pretorianos y hasta al mismo César... Nerón pío, virtuoso, misericordioso... ¡qué espectáculo tan divertido!»

Y entregado indolentemente á las divertidas hipótesis de su imaginación, se puso á reír con toda su alma. Pero después de algunos instantes sus pensamientos cambiaron de rumbo. Le parecía estar en Anzio y oír la voz de Pablo de Tarso, que le decía:

«Vosotros nos llamáis enemigos de la vida; pero respóndeme, Petronio: si César fuese cristiano y obrase según los preceptos de nuestra religión, ¿la vida no sería más segura?»

El recuerdo de estas palabras movió á Petronio á continuar su monólogo:

«¡Por Cástor! Cuantos más cristianos mueran ahora, otros tantos logrará convertir Pablo, porque proclama la justa doctrina ante la humanidad, á menos que ésta se obstine en la corrupción. Pero ¿quién sabe cómo marcharán las cosas? Yo que he aprendido mucho en este mundo, no aprendí, sin embargo, á ser tan bribón y tan hipócrita como exigen los tiempos, y por esto me he de resignar á abrirme las venas. De todos modos, éste ú otro parecido debía ser mi fin... Lo siento por Eunica y por mi famosa copa; pero Eunica será libre y el vaso me lo llevaré



conmigo. ¡El *Enobarbo* no lo tendrá, no! ¡También me duele por Vinicio! Por lo demás, aunque en estos últimos tiempos no haya tenido motivos para quejarme, me declaro pronto á morir. ¡En el mundo hay tantas cosas bellas! Pero la humanidad en general es tan ruin, que la pérdida de la vida no merece lamentarse. El que ha sabido vivir, también debe saber morir. Aunque me contaba en el número de los cortesanos, nadie era más libre que yo.»

Se encogió de hombros. «Y pensar, continuó, que habrá quien crea que estoy aquí, temblándome las piernas y con los cabellos erizados de terror; y en cuanto llegue á casa, lo primero que haré será tomar un baño al perfume de violeta, y mi Eunica, de los cabellos de oro, me untará; después de una breve comida, haremos que nos canten el himno de Antemio en honor de Apolo. Recuerdo haberme dicho á mí mismo varias veces que no vale la pena de pensar tanto en la muerte, porque hay la seguridad de que ésta, sin que la llamemos, piensa en nosotros. Sin embargo, sería admirable que existiesen los Campos Elíseos y que en ellos se viesen mover nuestras sombras. Entonces, á su tiempo, iría mi Eunica á unirse conmigo y nos pasearíamos juntos por los prados de oro. Seguramente encontraría allí una sociedad mejor que toda esta formada de tramposos, de locos y bufones. Ni siquiera cien *arbitri elegantiarum* lograrían que fuesen un poco más decentes. ¡Por Júpiter! ¡Estoy hartol!»

Y observó de pronto, con gran admiración, que algo le separaba ya de toda aquella gente. Desde antiguo le era conocida y sabía en qué concepto había de tenerla, y sin embargo, entonces le parecía más digna de desprecio. ¡Verdaderamente, tenía motivos para estar hartol

Y se puso á reflexionar acerca de su situación. Era demasiado perspicaz para no reconocer que le amenazaba un peligro inminente. Nerón había aprovechado la ocasión favorable para pronunciar algunas frases escogidas y elegantes sobre la amistad y el perdón, y con esto se había obligado por el momento á la inacción. «Buscará después un pretexto, pero hasta que lo encuentre pasará algún tiempo, se dijo Petronio. Ante todo, celebrará los espectáculos con los cristianos; luego pensará en mí. Si así es, no vale la pena de inquietarse y de mudar de sistema de vida. Vinicio corre peligro mucho más inminente.»

Y ya no se ocupó más que de aquel á quien estaba decidido á salvar á toda costa. Cuatro robustos esclavos conducían rápidamente su litera á través de las ruinas, los montones de cenizas y las piedras de que estaban llenas las Carinas; Petronio les ordenó acelerar aún más el paso para llegar cuanto antes á su casa. Vinicio, cuya *insula* había sido presa de las llamas, vivía ahora con su tío. Estaba allí en aquel momento.

— ¿Has visto hoy á Licia?, le preguntó Petronio.

— Ahora mismo acabo de verla.

— Escucha lo que voy á decirte y no pierdas tiempo en cosas inútiles. Hoy en consejo se ha decidido acusar á los cristianos como autores del incendio, por lo cual les esperan persecuciones y martirios. Salva á tu Licia y huye con ella á través de los Alpes ó al Africa. Apresúrate, porque el Palatino está más cerca del Trastevere que de las Carinas.

Vinicio era demasiado buen soldado para perder el tiempo en vanas disquisiciones. Escuchó con las cejas arrugadas y con una expresión pensativa, pero impávida. Evidentemente su primer impulso hubiera sido el de defenderse y luchar.

— ¡Voy!, dijo sencillamente.

— Toma una bolsa de oro, armas y un puñado de cristianos. En caso necesario, todo esto puede resultarte muy útil.



Salva á tu Licia y huye con ella á través de los Alpes ó al Africa



Vinicio se hallaba ya en el umbral del atrio.

— ¡Envíame noticias por un esclavo!, le gritó Petronio.

Cuando quedó solo, empezó á dar vueltas entre las columnas que adornaban el atrio, pensando en todos los acontecimientos que iban desarrollándose. Sabía que Lino y Licia, después del incendio, debían volver á la casa que aquél poseía y que, con la mayor parte de las del Trastevere, se había salvado del incendio: esta era una circunstancia desfavorable, porque, en otro caso, hubiera sido muy difícil encontrarlos entre la muchedumbre. Todavía esperaba Petronio que nadie en el Palatino sabría dónde habitaban, y siempre llegaría Vinicio á tiempo para prevenir á los pretorianos. Pensaba también que Tigelino cogería una enorme redada de cristianos, enviando hombres armados á los más lejanos puntos. «Si no manda en busca de Licia más de diez hombres, aquel gigante licio se bastará para romperles los huesos.» Así procuraba consolarse: «Y si Vinicio llega á tiempo con los suyos...» Y esta idea logró reanimarle. Seguramente que el resistir á mano armada á los pretorianos equivalía á declarar guerra á César. Petronio sabía también que, aun suponiendo que Vinicio lograra sustraerse á la venganza de César, éste descargaría sobre él; pero poco le importaba. Le sonreía la idea de desbaratar los planes de Nerón y de Tigelino, y decidió no escatimar á este objeto ni gente ni dinero.

Puesto que Pablo de Tarso había convertido en Anzio á la mayor parte de su servidumbre, podía contar con su devoción y con su celo, tratándose de defender á los cristianos. La llegada de Eunica interrumpió el curso de sus pensamientos. Al verla, desaparecieron todos los sufrimientos y todas las angustias. Olvidó á César, la desgracia en que había caído, cortesano degradado, la persecución que amenazaba á los cristianos, á Vinicio y á Licia, y no vió más que á la joven con los ojos del sentimiento estético, del admirador entusiasta ante el triunfo de la belleza física y del enamorado ante la personificación de la gracia y de la suavidad. Vestía Eunica un traje violeta transparente, llamado *coa vestis*, que realzaba su belleza floreciente, dándole semejanza á una joven diosa. Viéndose admirada y amando intensamente á Petronio, ávida de sus caricias, enrojeció de alegría como una niña ingenua.

— ¿Qué quieres decirme, amor mío?, preguntó Petronio, tendiéndole las manos.

Ella reclinó sobre él su hermosa cabeza dorada y respondió:

— Ha venido Antemio con sus cantores y pregunta si deseas oírle.

— Sí, que espere. Nos cantará, durante la comida, el himno de Apolo. ¡Por todos los dioses! Cuando te miro así vestida, me parece que la misma Afrodita, cubierta con un pedazo del firmamento azul, está viva en mi presencia.

— ¡Oh, señor!

— Ven aquí, más cerca, Eunica: ciñe con tus brazos mi cuello y aproxima á los míos tus labios: ¿me amas?

— Más de lo que te amo no podría amar ni á Júpiter.

Y diciendo esto, juntó apasionadamente sus labios con los de Petronio, temblando de placer entre sus brazos. Él le preguntó:

— ¿Y si hubiésemos de separarnos?

Eunica le miró asustada.

— ¿Qué quieres decir con esto, señor?

— No temas; podría suceder que emprendiese un largo viaje.

— En este caso llévame contigo.

Petronio cambió en seguida de conversación.

— Dime, ¿entre los céspedes del jardín hay por casualidad gamones?

— Los cipreses y los céspedes han sido arrasados por el fuego, las hojas caen de los mirtos y todo el jardín parece muerto.

— Roma entera parece muerta y en breve quedará convertida en un verdadero cementerio. ¿Sabes que se ha publicado un edicto contra los cristianos y está iniciándose una persecución en la que perecerán millares y millares de ellos?

— ¿Por qué se castiga á los cristianos, señor, si son buenos y amantes de la paz?

— ¡Por eso precisamente!

— Trasladémonos á orillas del mar, si esto ocurre. Tus bellos ojos no deben ver tanta sangre.

— Es verdad; pero, entretanto, tomaré el baño. Ven al *eleotesio* para untarme los brazos. ¡Por el ceñidor de Venus! ¡Nunca me has parecido tan hermosa! Quiero encargarte para ti una pila en forma de concha en la cual parecerás una perla preciosa. ¡Ven, hermosa mía, la de los cabellos de oro!

Petronio salió, y al cabo de una hora, coronados ambos de rosas, el rostro radiante de felicidad, sentáronse junto á la mesa preparada, cubierta de platos y vasos de oro. Niños en traje de Cupido les servían silenciosamente, se vertían los vinos en cálices adornados de hiedra, y los cantores de Antemio entonaban, con acompañamiento de arpas, el himno de Apolo. ¿Qué les importaba de las ruinas aún humeantes de Roma y de las cenizas que el viento esparcía en todas direcciones? Su dicha consistía en aquel amor que envolvía su existencia en toda la poesía y toda la voluptuosidad de un sueño divino. Antes de que terminaran los cantos, compareció un esclavo, el primero del atrio.

— Señor, dijo con voz ansiosa y trémula, un centurión que ha venido con un escuadrón de pretorianos desea hablarte por encargo de César.

Callaron los cantores y los instrumentos. Todos temblaron de miedo, porque ordinariamente, para los avisos amistosos, Nerón no solía recurrir á los pretorianos. Por esto su presencia no podía significar nada bueno. Sólo Petronio estaba impasible, y mostrándose contrariado por la importuna visita, dijo:

— ¡Si á lo menos se me dejase comer con tranquilidad!

Después ordenó al esclavo que hiciese entrar al centurión.

El atriense desapareció y pocos momentos después resonaron los pesados pasos del centurión Apero, conocido de Petronio, armado y cubierta la cabeza con el casco de hierro.

— Noble señor, dijo, te traigo una carta de César.

Petronio tendió con indiferencia la mano para coger la tablilla que le entregaban, la leyó rápidamente y se la dió luego á Eunica.

— Quiere leer esta noche un nuevo canto de su *Iliada* y me invita á oír la lectura.

— Yo no tengo más orden que la de entregarte la misiva, dijo el centurión.

— Sí, no hay respuesta alguna. Pero tú, centurión, has de vaciar un cáliz de vino con nosotros.

— Te lo agradezco, noble señor; beberé gustoso un poco de vino á tu salud; pero sin detenerme mucho, pues estoy de servicio.

— ¿Y por qué te mandaron á ti, en lugar de un esclavo, con la embajada?

— Lo ignoro, señor. Quizá fué porque tengo que desempeñar otras funciones oficiales precisamente en este distrito.

— Lo sé perfectamente. ¿Contra los cristianos?

— Sí, señor.

— ¿Y la persecución ha empezado muy temprano?

— Algunas divisiones han sido enviadas este mediodía al Trastevere.

Dicho esto, el centurión vertió un poco de vino del cáliz en honor de Marte, y después, vaciándolo de un sorbo, dijo:

— ¡Que los dioses secunden todos tus deseos, señor!